

UNA TARDE CON BORGES

POR MARÍA ISABEL HERNANDO

Cuando Borges, una vez más, celebró su cumpleaños de frustrado Nobel y oyó decir que el premio de la Academia Sueca había sido para Odiseos Elytis comentó con tierno sarcasmo: "Otro acierto escandinavo." Dirigió sus ojos ciegos hacia el cielo y cambió de conversación. Cuando las preguntas de los periodistas volvieron a insistir en el tema, Borges, suavemente, repetía: "Pero si tienen razón. Yo no tengo méritos. Si apenas he escrito un par de libros que valgan la pena. ¡Qué digo un par! Un libro."

Dos días después comentaba: "Bueno, ya me he acostumbrado. Fijese, ya son quince años escuchándolo. Me faltaría algo si esto no sucediera."

A poco de saberse que tampoco Borges este año tendría el Nobel, hubo argentinos que llamaron por teléfono a la emisora de radio que había dado la noticia para manifestar que se alegraban, porque Borges no era un buen argentino. Que no le gusta el fútbol, ni el tango, ni el bife.

En uno de sus cuentos —"El otro", de la obra que él ha confesado que más ama: *El libro de arena*— en el que Borges plantea ese juego que tanto le divierte de quiebro al tiempo— "ese tembloroso y exigente problema"— de anticipación adivinación, premonición o sueño, dice, hablando del futuro de sí mismo: "No sé la cifra de libros que escribirás, pero sé que son demasiados. Escribirás poesías que te darán un agrado no compartido y cuentos de índole fantástica." Tiene perfectamente asumida la idea del "no compartido". Con sus paisanos, que preguntan escépticos muy a menudo: "Pero, ¿de verdad, Borges le gusta tanto?", hay más. Consciente de esa resistencia, se diría que los provoca. Y los provoca con un arma inteligente y en la que es muy diestro: el humor.

En el pasado Mundial de fútbol —de cuyos réditos políticos vive el país todavía—, el día que el equipo de Argentina jugaba uno de sus partidos importantes Jorge Luis Borges daba, a la misma hora, una conferencia sobre la inmortalidad del alma. "En la que no creo, naturalmente." En aquella ocasión de arrebatado futbolístico, una joven compatriota le dijo excitada: "¡Hemos ganado a Holanda! ¡Hemos derrotado a los holandeses!" El escritor respondió: "Yo no, señorita. Yo no he derrotado a Erasmo, ni a Spinoza."

Borges tiene la misma lúcida agudeza para las cosas de casa. "¿El tango? ¡Pero el tango no es popular! Lo popular es la milonga, eso sí; pero nunca el tango. El tango sale de los prostíbulos, que es distinto. Mire cómo lo llamó Leopoldo Lugones: 'Reptil de lupanar'. Qué bonito ¿no? Reptil y lupanar. Mire qué bien encontradas las dos palabras. Qué bien van una con la otra. Un acierto, ¿verdad? Nadie las había juntado así antes. Reptil de lupanar. Seguramente lo de reptil se lo sugirió la forma del instrumento ese con que se toca. La milonga, sin embargo, se tocaba con piano, flauta y violín."

Borges es fiel a sí mismo. En su libro *El Lenguaje de Buenos Aires*, escrito en colaboración con José E. Clemente, apunta: "Alma orillera y vocabulario de todos hubo en la vivaracha milonga. Cursilería internacional y vocabulario forajido hay en el tango." Y aún: "Yo he escrito letras de milonga."

Y con su voz grave y un punto cascada se larga a recitar, medio cantando, una historia de cuchillos y venganzas: "Velay, señores, la historia/de los hermanos Iberra,/hombres de amor y de guerra/ y en el peligro primeros,/la flor de los cuchilleros,/ y ahora los tapa la tierra."

"A Roberto ARLT, —añade—, también le acusaban de no utilizar ese lenguaje artificial, que no es realmente del pueblo, que es inventado por unos tipos. 'Debe ser porque me crié y viví en un barrio popular', era su respuesta, 'y nunca oí hablar así'." Mire: esencialmente, desde México al cabo de Hornos nos entendemos todos perfectamente en un idioma que es el español, el castellano. El lunfardo es una mentira pasajera.

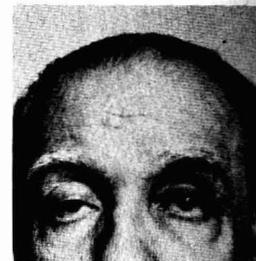
En cuanto a la comida, el mismo día del "no Nobel" dijo en una entrevista ante la televisión que aborrecía la carne. Grave pecado de lesa argentinidad. E ironizó: "Yo, como todos los argentinos, a fuerza de comer tanta carne, toda la vida comiendo carne, he llegado al hastío."

La gente sabe que, efectivamente, cuando su estado físico se lo permite, Borges sale todos los días a almorzar a una cantina china, cerca de su casa. "Allí, con música de Mozart y Rodrigo, como arroz salteado, pollo con bambú y cerezas en almibar. Con agua mineral."

Es un reto permanente para sus conciudadanos, de quienes sospecha que no han prestado a sus libros la "hospitalaria imaginación" que ellos necesitan. Es su contestación ácida y burlesca, esa mirada crítica, lúcida y firme sobre una sociedad "engreída, como si cerrase los ojos", a la que precisamente con una música, una dieta alimenticia y un deporte se pretende mansamente alinear.

Muchos compatriotas, sin embargo, sí comparan el agrado de sus poemas y de su prosa. En los periódicos de esos días, un ex embajador de Argentina en París comentaba la decisión de la Academia Sueca como "inconsulto criterio, incomprensible para muchos" y contaba un comentario que en 1967 le hiciera André Malraux, entonces ministro de Cultura de Francia: "Mi querido embajador. No hay que hacerse ilusiones, pues a Borges, al que admiro mucho, y a mí, jamás nos lo otorgarán. A Borges por considerarlo un hombre de derecha y a mí por colaborar con el general De Gaulle."

El reconocimiento exterior —exclusión hecha de la Academia escandinava— también lo posee Borges con largueza. Ahí están las numerosas ediciones de sus obras en otras lenguas y la compensación, en forma de condecoraciones y homenajes, que distintas corporaciones y Gobiernos extranje-



ros le hacen llegar —como la medalla de oro de la Academia Francesa, como la Orden del Halcón de Islandia— en el mismo momento del *desaire* sueco. El académico francés Jean d'Ormesson, que se desplazó a Buenos Aires para hacerle entrega de la medalla, dijo que se le había concedido “justicieramente y por unanimidad, con el fin de testimoniar un gran afecto y premiar su extraordinaria obra literaria.”

Actualmente puede decirse con Roger Callois que Borges es “más conocido, más admirado y, sobre todo, más estudiado en las márgenes del Sena que en las del Río de la Plata.”

Sentado en un sillón, en la penumbra clara de una habitación antigua de una casa de pisos de Buenos Aires, sólo, mirando sin ver a través de un ventanal de oscuros visillos, con las persianas semiechadas, está Borges vestido de gris, impecable de los pies a la cabeza. Con corbata, chaleco, reloj de leontina. Plegada en su otro tiempo aguerrida figura, sobre el sillón, de espaldas a la puerta de entrada, Borges espera a las visitas.

Puede ser un diplomático que acude a comunicarle un honor que se le concede, un empleado de una librería cercana que respetuosamente le pide que le firme dos ejemplares de sus obras completas. “¿Tanto he escrito?”, dice palpando los gruesos tomos. “¡Figúrese!”, y hay que darle la pluma abierta y dispuesta ya sobre la primera página para que él estampe ese esquema de firma, siempre ascendente, un escueto Borges. O simplemente una turista norteamericana que por casualidad se ha enterado de su dirección y que se asombra de comprobar lo fácil que es llegar a Borges, lo accesible y natural que es su cordialidad.

La conversación ha durado dos horas, Borges tiene ochenta años. No hace un mes que le han operado de próstata. Quien lo conoce de antiguo asegura que está muy desmejorado, que ha perdido mucho. Pero las dos horas largas se han ido sin que dejase de hablar. “Estamos muy a gusto, ¿no es cierto?” Borges es un amoroso cultivador de las palabras, un erudito riguroso y ameno. Busca la comprensión total del Universo y se expresa en verso y en prosa con precisión y hondura. Filósofo y poeta —como debe ser—, Borges es además un pozo de recuerdos. A veces se enreda voluntariamente en los temas, se instala en el jardín de los senderos que se bifurcan, y se diría que quiere seguirlos todos. Siempre con el hilo de Ariadna en la mano, hasta el final.

De España, la “del inútil coraje”, “incesante y fatal”, pasamos a los apellidos —“los Acevedo y los Suárez de mi linaje”—, de ahí sus viejas historias familiares, al inglés, al islandés, al castellano y al campo, que ahora llaman pampa, y a los paisanos, más conocidos como gauchos; o a los tropeiros, ahora llamados reseros, al Buenos Aires de ahora y de entonces, a sus escrituras actuales, a sus relecturas de siempre, a Unamuno, a *El Quijote*, a

Keats y a Conrad, a la literatura realista y a la fantástica, a las modernas técnicas de novela y hasta la eternidad. “Un juego de fatigada esperanza.”

Sólo terminó la conversación cuando Fanny, la salteña que le cuida como a un hijo —la que asoma sus ojos oblicuos por la rendija de la puerta entreabierta y dice al final: “pase, el señor Borges le espera”—, viene a ayudarlo a levantarse del hundido sillón para acercarlo a la mesa, donde ya está preparada su parca colación.

“Mi bisabuela era inglesa. Pero mis dos apellidos, Borges y Acevedo, yo creo que son judeoportugueses. Borges yo creo que viene de ‘burgués’. En mi linaje hay apellidos vascos también. Porque Anchorena es vasco. Anchorena yo creo que debe ser la versión vasca de Sánchez, ¿no le parece? La terminación ‘ena’ en vasco significa ‘hijo de’. Mi abuelo, el coronel Borges, era jefe de las tres fronteras —norte y Oeste de Buenos Aires y sur de Santa Fe—, se casó y se fue a vivir con mi abuela a Junín. Vivió cuatro años allí. Tuvo ocasión de hablar con los caciques. Los indios eran de entenderas muy lentas y entonces utilizaban un intérprete, aunque ellos comprendían perfectamente a mi abuelo. El intérprete aquél se llamaba el Lenguaraz. La ceremonia era ésta: hablaba mi abuelo, el Lenguaraz traducía al cacique en guaraní —Fanny sabe guaraní, ella puede hablarles en guaraní— y a éste le daba casi tiempo de pensar la respuesta mientras tanto. Los temas eran que si necesitaban tantos tercios de hierba y cosas así, pero ellos eran lentos y era su forma de ganar tiempo. Era cuando a los indios se les cazaba, se les alanceaba, se les degollaba. Los caciques eran muy valientes. Tienen historias de valor impresionantes. Como la de aquel que le dijo a su verdugo que temblaba: ‘Mate, capitanejo, Payéu sabe morir.’ Mi padre me contó una que yo he puesto en uno de mis cuentos. Mantenían a los indios atados hasta el momento de la decapitación. El degollador se paseaba entre ellos y antes de cumplir su misión le dijo a su víctima: ‘Animo, amigo, más sufren las mujeres cuando paren.’ Eran tiempos: Parra se pasaba la vida en la Virgen de la Merced y degollando. Allí se vio mi abuela.”

“Yo”, continúa, “hablando con mi abuela paterna en una lengua y con la materna en otra. Luego supe que esas lenguas eran el español y el inglés. Ahora estoy aprendiendo el islandés. Es muy interesante el islandés, porque es el padre de todas las lenguas anglosajonas. Islandia es un país muy interesante. Tiene el parlamento más antiguo del mundo y es además guardador de una mitología que el cristianismo borró de otros lugares. Y su influencia en el inglés es tremenda. Los días de la semana en inglés están dedicados a divinidades nórdicas. *Thursday* es el día de Thor, *Wednesday*, es el día de Odín... Le voy a recitar algo en anglosajón antiguo. Es una cosa que todo el mundo conoce. Seguro que le va a sonar.”

Su voz grave se esparce en dos — para mí incomprendibles — estrofas.

“¿Qué? ¿No sabe? Seguro que lo ha repetido muchas veces. Es el Padrenuestro. En inglés antiguo. En inglés, las palabras de origen latino suenan distintas, se les nota ajenas, quedan destacadas, como en cursiva. Escuche a Shakespeare: “*Over my altars hath he hung his lance/His batter'd shield, his uncontrolled crest, / and for my sake hatch learn'd to sport and dance...*”

Recita alto, lenta, parsimoniosa, deleitosamente. Y con su mueca-sonrisa dice: “¿Ve cómo suena distinto?”

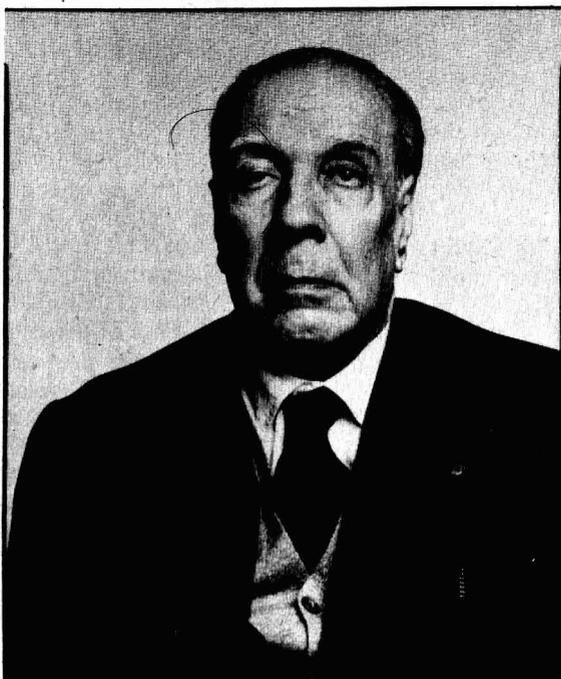
Se anima en la conversación. Sobre la cómoda de la que Fanny ha sacado las dos medallas recién llegadas para enseñármelas hay algunos objetos de plata. Encima, una pintura de línea simple y colores suaves, un poco desvaída.

“Es de mi hermana Nora”, dice Borges, volviendo la cabeza, alzándola hasta el cuadro. “Mi hermana es pintora. Pero no le gusta hacer exposiciones. Pinta para ella. Se casó con un escritor español. Guillermo de Torre.”

Guillermo de Torre, importante crítico literario y poeta, vivió en Buenos Aires desde 1927 a 1932. Entonces fue cuando debió conocer a los Borges y casarse con Nora. Se quedó definitivamente en Argentina.

En esos ochenta lúcidos años de Borges, los recuerdos vuelven una y otra vez a su familia. A los abuelos ha sucedido su madre.

“Yo nací en la calle Tucumán, en el centro de Buenos Aires, en una casa como eran entonces aquí, baja, con patio. En el patio había un aljibe y al fondo del aljibe, una tortuga, que servía para de-



purar el agua de insectos. Aunque también la tortuga haría ahí sus necesidades, pero se usaba como saneamiento. En el campo, a veces, en vez de tortuga ponen un paso en el aljibe del agua para beber. Sí, yo me crié con agua de tortuga, y ya ve... Y mi madre se cuidaba mucho de que no cayéramos enfermos en aquella época de tanta epidemia. Aljibe, hermosa palabra, ¿eh? Árabe, supongo. Ve, las palabras árabes, en castellano, no suenan distintas, no se diferencian. Y hay muchas: aljibe, alcázar, alhaja, alféizar, ajedrez...”

De nuevo se va por el enredo de las palabras. Le digo: “Bueno, ya sabe, y hasta el ‘olé...’” Y me interrumpe: “Sí, claro, viene de ‘Alah’. Y ha venido hasta América. Yo he recorrido toda América: México, Perú, Chile, Colombia, Venezuela, Bolivia... Con las pequeñas peculiaridades, que muchas veces no es más que acento, en todas partes nos hemos entendido. El problema de esos países es que no tienen clase media. Y la clase media es la más importante.”

Le recuerdo que él ha escrito que la riqueza es la forma más incómoda de la vulgaridad. “Sí, y es verdad. La aristocracia y el pueblo se parecen mucho. Tienen los mismos defectos. La clase media es lo importante.” Sin embargo, Argentina tiene una amplia clase media y... “Bueno, pero los políticos lo echan todo a perder. Alguien decía hablando de unos de ellos: ‘Es un político típico, perfectamente disfrazado.’ Mire, si yo he escrito eso de la ‘superstición de la democracia’ que usted me ha recordado antes es porque es cierto. La democracia siempre se equivoca. Aquí, a Perón, la segunda vez lo trajeron las urnas y fue un auténtico desastre. Perón era un dictador. Ahora dicen que yo soy fascista. Sí, sí. Cuando estuve en Italia, los periódicos titularon: ‘El faccista Borges e arrivato.’ Y, sin embargo, mi madre y mi hermana estuvieron presas cuando Perón. Aquí, en esta misma casa. No, conmigo no se atrevieron, pero sí lo hicieron con mi familia. ¡Fascista!”

Se enconge de hombros levemente, alza de nuevo su cara, dibuja su sonrisa-mueca. Acordándome de que Borges llegó a escribir un libro — que nunca se publicó — inspirado en el fervorín de la revolución soviética de octubre, y para intentar consolarle, le cito esa frase de Pittigrilli que dice que “se empieza de incendiario y se acaba de bombero”, y él asiente con la cabeza. “Entonces era otra cosa, era la fraternidad universal. Ahora es otra forma de imperialismo.” Y recalca su opinión sobre la democracia, remitiéndome a uno de sus poemas, donde la llama “un abuso de la estadística”.

“Las nuevas técnicas de la novela, dice usted. ¿Esas en las que hay que empezar por el final y luego pasar a la página 174 para terminar el libro del revés? No, no me interesan. A mí me gusta Cervantes *El Quijote*. En cuatro o cinco líneas entramos en situación: “En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiem-

po que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua y galgo corredor.” (Lo recita de corrido.) “Yo siempre pongo como modelo a mis alumnos la primera página de *El Quijote*. Eso de pasar de una historia a otra, de encuadrar un personaje en otro relato, de dudar del autor, todas esas llamadas técnicas actuales de la novela, ya están en *El Quijote*. Especialmente en la segunda parte. “A mí me gusta más que la primera.”

Borges no ha escrito novela. Siempre el cuento como narrativa, y cuento fantástico. ¿Por qué esa índole fantástica? “Mire, le voy a decir una frase de Conrad: ‘El es tan raro, tan fantástico, que querer hacer literatura fantástica es lo más natural. Es la literatura’. Eso dice Conrad, y yo digo más, la literatura realista es un error.”

Borges ha escrito que la ceguera gradual no es una cosa trágica. “Verás el color amarillo y sombrar y luces. No te preocupes. La ceguera gradual no es cosa trágica. Es como un lento atardecer de verano”, escribe en “El otro”. Pero está claro que le impide practicar una de sus aficiones predilectas: la lectura. Para escribir, dicta. Prepara un libro de cuentos que se va a llamar *Los amigos*. Estudia islandés y culmina otro trabajo sobre la mitología nórdica, que le tiene francamente apasionado.

Pero también él ha dejado dicho en sus libros que no importa leer— ¿El *Ulysses*, de Joyce? no sé si lo he leído. Yo creo que nadie lo ha leído. Le dire una frase sobre el *Ulysses*, una frase de Virginia Wolf: “Este libro es una derrota, una gloriosa derrota”—, sino releer. Borges releer —le reel—, sobre todo, poesía.

Su longevidad le aterra un poco. “En el curso de una larga vida se cometen indiscreciones”. Dice. “Y además yo aspiro a morir en cuerpo y alma. ¿Usted cree en la resurrección de la carne? Yo no. Si acaso en el Karma hindú, por el que se interpreta que el espíritu sigue, pero no el individuo. Hay que descansar...”

Su madre murió a los 99 años. Su abuela, a los cien. El, sin embargo, ha dado alguna vez gracias en sus poemas “por morir tan despacio” y ha escrito que “cumplidos los cien años, el individuo puede prescindir del amor y de la amistad”; pero, de momento, y a los ochenta, dice: “Yo sigo aspirando el amor y a la amistad.”

“Qué suerte tienen ustedes que pueden viajar a uno y otro lado. A mí me gustaría ir a Japón. Vamos a ver si puedo hacer el viaje.” Le entra cierta impaciencia al comprobar que la agilidad de su cuerpo no acompaña a la de su cabeza. Tiene esa fiebre viajera, tan argentina por otra parte. “A usted, ¿le gustó Buenos Aires?” Le contesto que yo esperaba una ciudad más americana, que esto es una copia europea. “Pero, ¡claro! Los argentinos somos unos europeos desterrados.”

Se le ve fascinado por Europa. Borges ha sido profesor —“darás clases, como tu padre y como tantos de tu sangre”— y se maravilla de lo parcela-

da, lo especializada que está la cultura en ese marcpaís. Me cuenta la anécdota de otro profesor español en Michigan, que descubrió que sus oyentes no sabían quién era Napoleón: “Cierto, Napoleón, —dice con escándalo—. Ni George Bernard Shaw, ni lo que era un centauro.”

El tema de los americanos le sirve para otra incursión minuciosa por la guerra de secesión, el origen de la palabra yanqui, de la voz gringo, de ahí pasa al esclavismo y a Lincoln, y, por el camino de los esclavos, vuelve a Argentina: “En el barrio de Retiro hubo mercado de esclavos. Era en 1816. Se hizo con ellos un regimiento, el número 6. De pardos y morenos se llamaba.”

También de ellos tiene Borges una milonga. Porque, a pesar de su vocación sajona o germana, francesa y española —hasta escandinava—, el argentinismo de Borges está fuera de toda duda. Es el autor de los más bellos versos sobre Buenos Aires, esos que empiezan: “Y fue por ese río de señora y de barro que las proas vinieron a fundarme la patria...” Y hasta se diría que lo único que añora es la tremenda popularidad de Güiraldes, el autor de *Don Segundo Sombra*.

“A Güiraldes lo conocíamos mucho en mi familia. El mismo llevó el libro a mi madre para que le diera su opinión. Y ella le dijo: ‘Anoche estuve hasta las tres de la mañana. Lo he leído de una sentada. Lo felicito.’ Debe ser a él y a su libro a quienes se debe que se haya popularizado tanto la palabra pampa. Mi madre no conocía esa palabra. Se decía siempre el campo. Y a los gauchos se les llamaba simplemente paisanos. Gauchos eran más bien los orientales, los del otro lado del río, los uruguayos. Y lo que Güiraldes llama reseros han sido siempre los arrieros, los troperos. Sí, debe ser el libro lo que las ha popularizado tanto.”

Y juraría que le queda un dejo de nostalgia por tal ventura.

Ya para despedirme le pregunto si no le gustaría que el Ministerio de Cultura español le concediese el Premio de Literatura Miguel de Cervantes, un premio reciente, que tienen ya Jorge Guillén, Alejo Carpentier y Dámaso Alonso. Su primera reacción es decir que él no tiene tanto méritos como los ya premiados, pero en seguida confiesa que sí —y su sonrisa se hace más amplia—, que le haría una gran ilusión. Un par de meses más tarde, le fue concedido.

“Tiene que proponerle una cualquiera de las academias de la Lengua hispanoamericanas. Incluso no hace falta que sea la Argentina”, le digo. Parece que titubea. Pero se interesa. Y dice por fin: “Bueno, sí me gustaría, ¡Cómo no! Vamos a ver si tiene usted algún enchufe.” Y, siempre con su vicio por el lenguaje, añade: “Aquí se dice cuña.”

Infatigable, octogenario, este no Nobel, irónico caballero a quien no siempre se le entienden bromas y sarcasmos. Fantástico escritor, gran poeta, a quien los de la Academia Sueca castigan con su desdén, injustos e inmisericordes, año tras año.